



ANTONIO RAIMUNDO IBAÑEZ,
BREVE SEMBLANZA DE UN PIONERO

Isaac Díaz Pardo

NICOLAS MARIA URGOITI,
BIOGRAFIA DE UN EMPRESARIO

Mercedes Cabrera



ANTONIO RAIMUNDO IBAÑEZ, BREVE SEMBLANZA DE UN PIONERO

Isaac Díaz Pardo

ANTONIO Raimundo Ibañez había nacido en 1749, en Santalla de Oscos, localidad situada en la faja de terreno, con fuerte presencia de la cultura gallega, hoy perteneciente al Principado de Asturias, a tres kilómetros de la demarcación administrativa de Galicia.

Su familia tenía recursos escasos, pero antecedentes hidalgos. Estudió humanidades con frailes cistercienses en Vilanova de Oscos, y a los 18 años empezó a trabajar en Ribadeo con un rico y lejano pariente, Don Bernardo de Arango y Mon, señor de la Casa Guimará, quien al morir le dejó de apoderado de sus descendientes.

Ibañez se dedicó en Ribadeo al comercio marítimo. Cuando contaba 24 años, se encargó de la venta de unas propiedades que los Mon tenían en Cádiz. Se dice que con el dinero obtenido, y posiblemente con algún capital propio, compró aceite, vinos y otros productos andaluces apreciados en el Norte de España, y ésta sería la operación base de su fortuna.

Su presencia comercial se registra desde Ribadeo por toda la costa española y francesa hasta los puertos del Báltico, de donde traía lino. Pronto fue reconocido su valor y lo hicieron diputado del Concejo de Ribadeo. Construyó su palacio

—hoy sede municipal de Ribadeo— y empezó a obtener un cierto respeto.

Al final de la década de 1780 concibió su obra capital: Sargadelos. En la comarca había criaderos de mineral de hierro, arcillas refractarias, una riqueza forestal excepcional (todavía hoy presa de la ambición de todos los centros europeos interesados en las explotaciones de la madera), un río fácil de represar para utilizar directamente su fuerza hidráulica y un puerto cercano por donde podría salir el producto. Se trataba de coordinar estos recursos para crear la primera siderurgia integral del país y satisfacer con ella, de forma económica, necesidades bien notorias en España, donde los ingleses tenían uno de sus importantes mercados.

Indudablemente, la comarca tenía tradición en la obtención de hierro desde tiempos muy remotos, pues en los montes de Rúa, en los que nace el río Xunco, que atraviesa Sargadelos, aparecen grandes depósitos de escorias siderúrgicas, dato éste que aún no está estudiado.

La información que poseía Ibañez le convertía en un adelantado de su tiempo. Ello resultó más bien un inconveniente, junto con otros intereses materiales de los vecinos de su entorno, para



entender sus proyectos, que tropezaron con muchas resistencias. Acaso la principal procedía de la curia de Mondoñedo, que veía que podía escapar de sus dominios el beneficio de los montes comunales. El caso es que el proyecto fue rechazado una y otra vez.

Al fin, en 1791, cuando Ibáñez contaba 42 años, una Cédula Real autorizaba su proyecto, porque él era terco y sus razones, incuestionables. Mas su realización iba a dejar profundos resentimientos.

Ibáñez incorporó técnicos de Cataluña, del País Vasco, de Francia y de Inglaterra, y puso al frente del establecimiento a un capitán de artillería suizo. (Hacemos aquí un inciso para señalar que esta utilización de los recursos ajenos y el hecho de no ceder, en ningún momento, el control final de sus empresas fueron características constantes de la obra de Ibáñez, y que contrasta con lo que, en general, se está haciendo hoy, cuando se cede a los ajenos el control final de las empresas, y, también, en general, ponemos nosotros los recursos, desde los humanos hasta los dinerarios. Ciertamente que las cosas han cambiado desde entonces y por aquello de la tecnoestructura...)

El establecimiento de Sargadelos empieza a trabajar con gran rendimiento y el Estado quiere comprarlo. Ibáñez no lo cede. En 1794 el Rey le nombra Comisario de la Provincia de Marina para que le guarden honras y preeminencias. Desde entonces, y por un período de 45 años, la fundición de Sargadelos trabajará casi exclusivamente para el Estado, suministrándole material bélico, por lo que será distinguida como Reales Fábricas. Tendrá personal militarizado y acuartelado en instalaciones propias.

Hacia 1795 se registran intentos de desembarco de ingleses con la intención de destruir las fábricas, e Ibáñez logra que se monte un puesto de guardia en el lugar más vulnerable: en San Cibrao, donde recientemente se construyó el complejo de Alúmina-Aluminio, que se unía directamente con Sargadelos por un Camino Real, camino que más tarde se convertiría en el primer antecedente de las modernas autopistas de peaje, pues las Reales Fábricas construyeron paralelamente una pista privada, afirmada en piedra y amojonada toda ella, marcando la propiedad, y cuya utilización por carros ajenos a la empresa costaba cinco reales.

Mientras, la capacidad creadora de Ibáñez no

se agotaba en Sargadelos, pues sus ideas transformadoras estaban asimismo en Carril o en el Concejo de Langreo. Sin embargo, en 1798 un levantamiento de apariencia popular destruía las fábricas de Sargadelos, e Ibáñez logra salvar su vida por muy poco. La instrucción del sumario revela que detrás de la revuelta, y también al frente de ella, había personajes ilustres y reverenciados de la comarca que utilizan su influencia caciquil para destruir a Ibáñez en favor de sus intereses particulares y de una concepción retardataria de las relaciones humanas. Dos curas, uno de ellos cometiendo actos sacrilegos con sus propias manos en la capilla del palacio de Ibáñez, aparecen bien señalados con sus nombres y apellidos en la denuncia de éste. El proceso judicial dura hasta la muerte de Ibáñez, y a partir de ella desaparecen los documentos del archivo de Mondoñedo, pero se sabe que Ibáñez, al ver que la justicia de Galicia no se movía, se había alzado a Madrid, y son estos documentos los que no lograron hacer desaparecer sus enemigos confabulados.

Sin abandonar la acusación, Ibáñez reconstruye todo y aumenta su capacidad. Sus enemigos, que tuvieron la oportunidad de escribir la historia, dicen que fue duro en el castigo, pero los testimonios documentales revelan que a los que Ibáñez quería castigar mediante la Ley lograron burlarla.

Por 1807 se sitúa el nacimiento de la fábrica de cerámica para producir «loza tipo Bristol», como el mismo Ibáñez manifiesta, fábrica que asimismo pasó a representar el primer establecimiento evolucionado de este sector en España, e introdujo, entre otras cosas, el decorado mecánico, la loza estampada. La identificación como caolín de las arcillas refractarias de la comarca, que habían contribuido a justificar la construcción de la siderurgia, y el conocimiento que pudiera haberle revelado alguno de los operarios ingleses de que con ese caolín era con el que los británicos fabricaban su loza estampada, con la que invadían también el mercado español, habría sido lo que justificó a Ibáñez, económicamente, para crear la fábrica de cerámica. Entre sus proyectos industriales no faltó la producción de cristal, pero éste y otros proyectos quedaron interrumpidos por su prematura muerte.

En 1808 entra a formar parte de la Junta de Defensa de Ribadeo. Sargadelos es la única Real Fábrica que no detiene la producción y hay registros de cómo, durante la Guerra de la Inde-



pendencia, cargó 40 buques con material para el ejército español. Pero los enemigos de Ibáñez le tachan de afrancesado. Su ilustración resultaba ser una prueba de ello para algunos. Dejan correr la especie de que en Sargadelos se fabrican las cadenas con las que llevan presos a los españoles a Francia. El 2 de febrero de 1809 un ejército de soldados y paisanos armados, procedentes del Principado, entra en Ribadeo al mando del general irlandés Woster. Ibáñez es arrastrado por las calles colgado a una pareja de caballos. Su esposa y sus hijas son encarceladas. Dos días más tarde fallece la esposa en las mazmorras de Figueras y una hija se vuelve loca. Muchos intereses enemigos de Ibáñez se habían asociado en ese momento de confusión de la guerra, y supieron aprovecharlo para acabar con él. Es posible que los intereses ingleses estuviesen presentes en la figura del general Woster y que su misión, más que hacer, estaba en dejar hacer lo que querían hacer con Ibáñez los enemigos caciquiles de su obra.

Pocos años pudo atender Ibáñez a las industrias que había creado; es posible que de la de cerámica no haya podido comercializar ni la primera pieza. Sin embargo, el complejo de Sargadelos le iba a sobrevivir hasta 1875, lo que por sí sólo merece un crédito a sus virtudes como empresario con visión.

En el último período de su vida empezó a ser reconocida la personalidad de Ibáñez. Se le concedió la Gran Cruz de Carlos III, se le ofreció el gobierno de la fábrica de armas de Orbaiceta y la Cartera de Marina y Ultramar, y se abrió un expediente para concederle el título de Marqués de Sargadelos, cargos que nunca aceptó y título que no llegó a recibir. Pero el pueblo le consideró ya para siempre el Marqués de Sargadelos.

En Orbaiceta situó a su yerno al frente de la fábrica de armas, y en una carta le dice: «No es una especulación para el lucro de beneficios lo que hay que mirar en la Reales Fábricas...» / «Cuando la Patria se aquexa de la infidelidad presente todos le debemos nuestro tributo. El que se deje seducir por el espejuelo de las ganancias fáciles y trafique con las calamidades de la Nación merece la pena y la condena de los hombres justos». «Los caudales del Rey deben volver íntegros al Rey; en estas cosas somos sólo los medianeros que con una mano tomamos el oro y con la otra lo devolvemos convertido en el hierro justiciero que defiende a la Nación».

Goya pinta su retrato a principios del siglo XIX o en los últimos años del XVIII. Debe ser la única iconografía que nos queda de él, pues otros grabados, como el de Cuevas, parece que remedan la pintura de Goya, que hoy enriquece la Colección Epstein del Museo de Baltimore, en los Estados Unidos. Esta obra magistral del pintor aragonés, tan cara para nosotros, fue adquirida en Redondela, en el año 1914, por el coleccionista norteamericano.

El significado de Sargadelos para el Laboratorio de Formas de Galicia, que justificó su tarea restauradora iniciada en 1963

Dejamos sin describir las diferentes etapas y vicisitudes que hubieron de atravesar las empresas de Sargadelos, hasta su cierre definitivo en 1875, para hacer algunas consideraciones sobre las ideas de Ibáñez, generadoras del complejo, que ofrecen varias perspectivas. Una es su espíritu de empresa, situado en los comienzos de la industrialización capitalista de España. Cuando el país, en general, dormía en un modo casi medieval de producción, en Sargadelos se construía una industria diseñada con el mismo rigor que pretendemos hoy para las más modernas empresas. Se trataba de un adelantado de la planificación industrial.

Otra perspectiva está en que, gracias a Sargadelos, Galicia —la lejana Galicia— latía como un eco de las inquietudes transformadoras que sacudían a Europa.

Una tercera perspectiva, en cierto sentido opuesta a las dos anteriores, está en considerar a Sargadelos como otra de las grandes frustraciones de Galicia. Muchas empresas, llenas de justificación y potencial para nuestro futuro, han quebrado o se han abandonado. Hasta los excepcionales caolines de Sargadelos se han perdido para Galicia hace siete lustros en favor de una potencia extranjera, perdiéndose con ello un valor añadido 200 veces superior al de la materia prima que lo generaría.

Pero aún hay una cuarta perspectiva que nos interesa más, y que está en la concepción ética que Ibáñez tenía de la empresa, que «no ha de ser una especulación para el lucro de beneficios»,



que ha de estar abierta a los nuevos tiempos y constituirse en un servicio para la Nación. Y es por aquí por donde nos parece ver una lección de economía trascendente, todavía inédita, en la que la empresa está concebida como una *asociación de recursos* para satisfacer necesidades concretas, que con ese marco trabajaba, apenas sin riesgos, en sentido positivo para la economía. Mientras, el capitalismo (que estaba naciendo) se fue desarrollando como una *asociación de intereses* para especular con los recursos, con las necesidades reales y a veces inventadas —como está sucediendo en la sociedad de consumo—, que no siempre crea empresas operativas económicamente —aunque lo puedan ser políticamente— y que, con mucha frecuencia, comportan un alto riesgo.

El pragmatismo desprendido de la obra de Ibáñez nos somete a serias dudas sobre los modos de producción en los que, por rutina, nos movemos a bandazos, como cercados, y de los que a veces salimos despedidos.

En un principio, la obra de Ibáñez pertenece a un capitalismo unipersonal. Cuando, muerto él, empieza a transformarse en sociedad capitalista entran en juego otros mecanismos distintos a los que movían el poder creador de Ibáñez. También empiezan en este momento las dificultades en las empresas. El análisis de todo esto necesitaría un amplio espacio y una disposición sincera de aceptar que puede haber en las relaciones de producción y en su marco socioeconómico otras soluciones distintas a las pocas, y académicas, que se nos han ofrecido, y sobre las que quedan bastantes dudas de que sean soluciones.

BIBLIOGRAFIA

BELLO PIÑEIRO, Felipe (1922): «Cerámica de Sargadelos», *Boletín de la Sociedad Española de Amigos del Arte*, Madrid.

CALVO, Felipe (1977): «Momento científico-técnico de la fábrica de hierro de Sargadelos», *Cuadernos del Seminario de Sargadelos*, Edic. do Castro, Sada.

CASARIEGO, J. E. (1950): *El Marqués de Sargadelos y los comienzos del industrialismo capitalista en España*, IDEA, Oviedo.

EQUIPO, L. F. (1977): *Sargadelos, un modelo de emprendimiento creado por Ibáñez*, Edic. do Castro, Sada.

FILGUEIRA VALVERDE, José (1951): *Sargadelos*, Bibliófilos Gallegos, Santiago.

GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar (1964): «Viaje a Sargadelos», *Revista de Occidente*, Madrid.

HERNÁNDEZ SAMPELAYO, Primitivo (1931): *Hierros de Galicia*, Madrid.

MEJIDE PARDO, Antonio (1979): «Documentos para la historia de las Reales Fábricas de Sargadelos», *Cuadernos del Seminario de Sargadelos*, Edic. do Castro, Sada.

MIÑANO, Sebastián de (1827): «Sargadelos, Santiago de», *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal*, Madrid.

SHULTZ, Guillermo (1835): *Descripción Geonóstica del Reino de Galicia*, Madrid.

VILAR CHECA, Eloisa (1970): *El Marqués de Sargadelos y su obra*, Edic. do Castro, Sada.